

Andrea Kottow:

“La literatura es un espacio
donde podemos mirar las
tensiones que nos atraviesan”

POR MARÍA JOSEFINA POBLETE





El cuerpo y las distintas preguntas que surgen de la experiencia encarnada es el hilo fundamental que recorre *Fronteras de lo real* (Hueders, 2022), de la doctora en historia de la medicina por la Universidad Libre de Berlín, Andrea Kottow. Escrito en un periodo de varios años, esta suerte de “diario de lectura” reflexiona en torno a la enfermedad, el psicoanálisis, el deseo, el secreto y el duelo, en un estilo sumamente libre e íntimo, alejado de la rigidez que impone la academia.

A continuación, la profesora de la UAI profundiza en las nociones que dan vida a este conjunto de ensayos y en las tensiones que presentan los tiempos actuales, marcados por una virtualidad que la vida en pandemia no ha hecho más que dejar en evidencia.

Tu libro arranca con una consigna médica del siglo XIX como epígrafe, “la salud es el silencio de los órganos”, con la que estableces desde el inicio el vínculo entre salud y palabra —en este caso, la ausencia de ella—. ¿Por qué eliges esa frase para reunir estos textos?

Pensar la enfermedad desde un cuerpo que habla a través de sus síntomas es una idea antigua que ha sido revitalizada en distintos momentos históricos y que atraviesa no solo el discurso médico, sino también el psicoanalítico y, de alguna manera, el literario. Nos damos cuenta de que tenemos, que somos un cuerpo, cuando este se manifiesta, y una forma de hacerlo es desde la molestia, el dolor, la enfermedad o la vejez. Si no sabemos que estamos enfermos, porque no lo sentimos, es como si no lo estuviéramos. Aquí se abre una serie de paradojas, como, por ejemplo, que uno puede estar mortalmente enfermo sin saberlo, o perfectamente sano sintiéndose muy enfermo. Si la salud es el silencio del cuerpo,

asimismo, podríamos pensar que la literatura nace de una cierta noción de que estamos enfermos de lenguaje, que nuestra manera mediada de relacionarnos con el mundo es nuestra enfermedad más propia, en tanto seres humanos.

Al inicio te refieres a la paradoja entre ser y tener un cuerpo. Podemos hablar de nuestro cuerpo enfermo como si fuera algo ajeno, aunque este, al mismo tiempo, nos determina y no podemos separarnos de él. ¿Por qué la literatura puede ser un espacio valioso para reflexionar sobre esta condición?

Porque la literatura no pretende resolver paradojas, no necesita evitar las contradicciones y, en su mejor versión, no tiene una tesis que deba ser comprobada. Más bien lo contrario: la literatura es un espacio donde podemos mirar esas tensiones que nos atraviesan, que no podremos eliminar, pero cuyo enfrentamiento nos puede llevar a una forma más armónica de habitarlas.

Uno de tus ensayos gira en torno a la noción de “secreto”. ¿Cómo dialoga con los tiempos actuales, caracterizados por una alta demanda por transparencia y una feroz exposición de la intimidad?

Cuando empecé a interesarme en el tópico del secreto, uno de los motivos era precisamente ese diagnóstico que está contenido en la pregunta: vivimos tiempos en los cuales no solo se nos insta a no tener secretos, sino donde es casi imposible mantenerlos. Todo queda archivado, grabado, registrado. Los límites entre lo íntimo, lo privado y lo público tienden a borrarse, entre otras razones, por la homogenización que experimentan estas esferas en las redes sociales. Frente a este panorama, me interesaba reivindicar el secreto; la opacidad, la reflexión de que en el lenguaje, y esta idea es de Derrida, siempre estamos inmersos en algo que trae consigo una pérdida de sentido. Esa sería la dimensión más radical del secreto: algo que nos conecta con lo que no podemos saber ni conocer.

Otro de tus ejes de lectura es el “deseo”. “De pronto las palabras no son sino otra manifestación de una marca de insatisfacción, de una búsqueda por llenar un vacío que no somos capaces de colmar”, escribes. ¿Qué conexiones puedes establecer entre esta idea y la cultura actual, marcada por la rápida satisfacción del deseo? ¿Impacta este rasgo moderno de algún modo en la literatura?

El deseo, como el secreto, tiene también que ver con esa dimensión que no puede nunca ser satisfecha, que no puede conocerse del todo. En una cultura de la transparencia, y de la promesa y demanda de que todo deseo puede ser satisfecho, la capacidad, o incluso el interés, de enfrentar ese vacío que se abre ahí donde no puede colmarse el desear y el saber, tiende a ser ignorada. Creo que la así llamada “literatura del yo”, tan en boga en los últimos años, es la forma en que esos mismos rasgos de nuestra contemporaneidad se hacen

presentes. A veces con más, a veces con menos maestría. La literatura que a mí más me gusta no niega ese vacío, sino que lo va rodeando, haciendo de él algo constitutivo de la escritura.

Nuestros modos de habitar y de relacionarnos con el cuerpo también han cambiado de manera sustancial, principalmente por la virtualidad que hoy predomina en nuestras relaciones. ¿Cómo dialoga tu propia reflexión sobre el cuerpo con estas nuevas formas de “presencia”?

Quisiera pensar que nos defenderemos, de algún modo, de esa amenaza de la desaparición del cuerpo, que nos daremos cuenta de las pérdidas que implica percibir al otro sin la presencia de su cuerpo. Hay signos que permiten pensar que ha habido cierta resistencia a la virtualización de todo, y otros que parecen mostrarnos lo contrario.

Quisiera pensar que reflexionar acerca del deseo, de la enfermedad o del duelo desde la literatura es una forma de subrayar la importancia de seguir pensando el cuerpo desde su materialidad y presencia, un ínfimo acto de rebelión frente a la creciente virtualización.

;

El ser humano es un ser enfermo de lenguaje, en el sentido de que nuestra relación con el mundo y las cosas está mediada por la palabra.

En tu libro contrastas la excesiva búsqueda actual de vidas más saludables e higiénicas con una suerte de fascinación frente a personajes que encarnan vidas marcadas por el sufrimiento y la enfermedad, tales como Baudelaire, Rimbaud o Simone Weil. ¿Qué crees que explica esa atracción?

Este planteamiento es, en realidad, de Susan Sontag, y se encuentra en un pequeño ensayo que dedica, justamente, a la filósofa Simone Weil. Lo que Sontag postula es que nos fascinan esos personajes excesivos, enfermos, delirantes, contradictorios. Y esta inclinación por lo desbordado es leída por Sontag como una forma de reaccionar y resistir a la exigencia excesiva de salud, cordura e higiene que marca la actualidad. Nos atrae lo que



al mismo tiempo debemos rechazar. Miramos en otros los peligros de los que nos queremos salvar.

ENFERMOS DE LENGUAJE

Desde hace un tiempo el ‘yo’ se aparece al lector de manera a veces escindida, de límites difusos. Tal como los géneros literarios, que actualmente se caracterizan por su hibridez, el sujeto también se ha vuelto esquivo a nuestros intentos por definirlo. ¿Qué nos dice esto de la experiencia moderna?

Si bien hay un modo de leer la modernidad desde el modelo que acentúa la racionalidad de un sujeto que se reconoce a sí mismo, también podemos encontrar ejemplos muy tempranos de un cuestionamiento a esa idea moderna del sujeto. Pienso, por ejemplo, en *Madame Bovary*, de Flaubert, donde el farmacéutico Homais termina siendo un personaje ridículo en todo su afán progresista y su fascinación científica. Este texto es

de 1856, época de pleno auge de la modernidad. En este sentido, podríamos leer a ese sujeto unitario y estable como una ilusión, incluso en las épocas supuestamente más plagadas del imaginario moderno. Y a la modernidad como un intento de suprimir a un sujeto cuya escisión siempre fue un peligro.

La historia está plagada de autores en quienes la posibilidad de la propia muerte pareciera impulsar una escritura que se revela muchas veces como una tarea apremiante. ¿Qué crees que explica esa urgencia?

La muerte nos marca, define nuestra existencia. Pero es al mismo tiempo lo desconocido por excelencia. Esta paradoja se vuelve urgente cuando la muerte se anuncia, por ejemplo, a través de la enfermedad. Creo que los escritores escriben porque no pueden hacer otra cosa; es una forma de vivir y de pensar la vida. Frente a la inminencia de la muerte, un escritor hace lo que necesita

hacer para seguir viviendo: escribir. Sabiendo que el tiempo acecha, esta escritura se presenta bajo el signo del apremio.

En tu libro te refieres a lo “inefable”, un motivo que podemos rastrear hasta el Romanticismo y que abarca tópicos como la muerte, la enfermedad, la pérdida. ¿Cómo explicas el empeño de la palabra por nombrar lo que pareciera resistirse a ser enunciado? ¿De qué manera es la literatura un espacio privilegiado para hablar de aquello que se ubica más allá del lenguaje?

El ser humano es un ser enfermo de lenguaje, en el sentido de que nuestra relación con el mundo y las cosas está mediada por la palabra. Nuestra entrada a la cultura, a la relación con otros está marcada por el ingreso al lenguaje. Al mismo tiempo, estamos atravesados por la experiencia de su insuficiencia: no logramos decir todo lo que nos sucede, o decirlo de tal forma que se sienta en concordancia con lo que nos pasa. Pero no tenemos muchos otros modos de entrar en relación con el otro y con nosotros mismos. Y así nos desvivimos tratando de decir lo que sabemos que no tiene mucho nombre: el dolor, el amor, la muerte. La literatura es siempre, en algún punto, también una reflexión sobre esta relación: entre la palabra y la cosa, entre lo que puede y no puede manifestar el lenguaje. En ese sentido, se vuelve un espacio que desde su configuración se inclina a preguntarse acerca de sus (in)capacidades.

TIEMPOS VIRALES

La pandemia ha impactado profundamente nuestras vidas, modificando —con efectos que aún desconocemos— el tejido social. ¿Qué desafíos impone este nuevo escenario a nuestra manera de relacionarnos con la enfermedad y la muerte? Jean-Luc Nancy hablaba por ejemplo del “comunovirus”, aludiendo a la oportunidad que presenta el virus para experimentar verdaderamente —en el miedo y la amenaza— la vida en comunidad.

Me gustaría mucho poder pensar de forma positiva, como lo hace Nancy, pero me temo que

el virus nos ha ido mostrando lo contrario: los ricos lo pasaron infinitamente menos mal que los pobres; la pandemia ha empobrecido a los más vulnerables, y esto se reproduce a escala mundial. No pareciera que la experiencia común de la amenaza y fragilidad tienda a unirnos, sino más bien a acentuar el individualismo y la salvación personal.

En una vereda contraria a la de Nancy, Giorgio Agamben denunciaba, por ejemplo, la falta de humanidad en las radicales medidas de distanciamiento y otros límites a la libertad individual. ¿Cómo interpretar estos tiempos virales en clave biopolítica?

La biopolítica solía ser un conjunto de pensamientos filosóficos que nos podían interesar más o menos. Lo que la experiencia del Covid y la pandemia nos ha enrostrado es la biopolítica en tanto experiencia cotidiana. Desde las cuarentenas y las restricciones a la movilidad, pasando por la escasez de camas críticas en hospitales y clínicas, hasta llegar a la pregunta acerca de cómo incentivar a la gente a vacunarse o cómo hacer frente (en otros países una pregunta importante) a los movimientos antivacuna. Las problemáticas que se abren —¿dónde termina la libertad individual?, ¿qué tipo de vida vale la pena de ser vivida?, ¿cómo se evidencia la jerarquía entre cuerpos que importan más que otros?— no son exclusivas de los tiempos virales, pero estos las han puesto en el centro de nuestras vidas.

El miedo al cuerpo del otro ha formado parte de la rutina cotidiana en estos años de pandemia, pero tampoco es exclusivo de esta época: ya lo vimos en los ochenta en plena crisis del sida o en tiempos más remotos, con múltiples pestes y plagas. ¿Se trata de un miedo latente en nuestra sociedad? ¿Qué implicancias tiene a nivel simbólico?

Las enfermedades infecciosas despiertan el miedo al contagio, a la enfermedad, a la muerte. Mucho antes de que se descubriera, en el siglo XIX, que las bacterias y virus eran las que producían la infección, la experiencia empírica



—así lo podemos leer, por ejemplo, en las descripciones que Boccaccio hace de la peste en el *Decamerón*— mostraba que la enfermedad se transmitía de un cuerpo a otro. Evitar el contacto con el cuerpo de otro es entonces una forma de salvarse. La pregunta urgente que surge es, ¿qué estamos dispuestos a hacer y qué tipo de vidas estamos dispuestos a vivir con tal de salvarnos, de sobrevivir? Me parece que hoy vivimos sumidos en un mundo donde el vínculo con el otro está marcado, sobre todo, por la desconfianza. La experiencia pandémica no ha hecho sino aumentar esta sospecha y acrecentar la cautela.

Como alguien que se dedica a pensar los cruces entre literatura y enfermedad, ¿qué herramientas te ha brindado la pandemia para tu propia reflexión sobre el lenguaje y sus fronteras?

Una primera experiencia tuvo que ver con que aquello a lo que me había dedicado por años, y

que era considerado con un interés moderado para pensar la actualidad, se volvió algo que parecía servir, de algún modo, para pensar lo que lo estaba ocurriendo. La otra vivencia, que se encuentra en otro costado del asunto, tuvo que ver con que pocas veces antes había sentido tan fuertemente mi cuerpo: encerrados, unos encima de otros en casa, virtualizados por obligación, con restricciones de movimientos y sometidos a vigilancia policial y militar. Tener o ser un cuerpo se me hizo más patente que nunca, más allá del peligro a enfermar. Cuando aquello que solemos pensar desde la teoría se nos vuelve real, se produce cierto desajuste. **pyc**



Fronteras de lo real

Andrea Kottow

Hueders, 2022

109 páginas